

El hundimiento de una burguesía

José Antonio Gabriel y Galán

No sé si será por la larga duración de la obra, pero el caso es que «Veraneantes» de Gorki es algo así como una orgía obsesiva en la que se machaca sin piedad, desde todos los ángulos, a una burguesía tradicional, sempiterna y decadente.

Gorki tira con bala y hunde el barco burgués una y cien veces. La pregunta es: ¿por qué hundir el barco cien veces si con una es suficiente? Quizás todo se deba a que se escribió en tiempos prerrevolucionarios y en esas épocas cuanto más se asegure uno la destrucción del enemigo, mejor. Gorki toma al burgués en su expresión más burguesa: cuando veranea. «El veraneante es el ser más inútil y perjudicial que hay sobre la tierra. Llega, lo inunda todo de basura y se marcha.»

Dos horas y media dura esta implacable requisitoria con la que el Centro Democrático inaugura su temporada. «Veraneantes» es un texto de descripción ambiental, de retrato colectivo, de clase. Sólo a última hora surge una «acción dramática» clara que, en el fondo, es secundaria. Estamos ante un teatro naturalista-impresionista y lo que Gorki quiere mostrar es la pavorosa inutilidad, el vacío de la clase dominante por encima de los pequeños dramas individualizados que sólo valen como trazos para la confección del conjunto. El texto de Gorki ha sido presentado casi tal cual, sin reto-



«Veraneantes»

que apreciable. Mi impresión es que necesita un «peinado» serio. El primer acto podría ser reducido a la mitad con lo que se aliviaría la estructura general de la obra.

Interesa, sobre todo, hablar del trabajo del director, el argentino Carlos Gandolfo. «Veraneantes» es una obra realmente complicada de montar. El no haber acertado el texto es un pecado que Gandolfo está pagando a lo largo de toda la representación. En el montaje quedan pa-

tentes los acelerones y los puntos muertos, las tensiones y los vacíos. Cuando parece que va a pasar algo, no pasa nada. Todo ello descabala un tanto el ritmo escénico que sólo se recobra al final, cuando hay una acción dramática concreta.

Por otro lado, el exagerado naturalismo de la puesta en escena marca constantemente los límites propios de esta técnica. Responsabilidad que comparte con el escenógrafo Carlos Citrynowski, que en esta ocasión no ha acertado. Un escenario pequeño como el del Bellas Artes no puede empequeñecerse aún más con tal acumulación de elementos, por muy bellos y sugestivos que éstos sean. Era preciso agrandar el espacio escénico, no abarrotarlo. Cuando, por ejemplo, en el picnic se reúnen prácticamente todos los personajes, la escena parece el metro en hora punta y, a pesar de la habilidad del director para mover a tanta gente, no puede uno desprenderse de una sensación de agobio.

El «naturalismo» aquí, a pesar de los esfuerzos de los intérpretes, resulta una convención que debemos imponernos a nosotros mismos y que se rompe, a veces, por la inverosimilitud de ciertos detalles. Cuando en una pelea realista saltan por los aires sillas y veladores y uno de éstos cae sobre el patio de butacas teniendo que ser parado por el di-

rector general de Teatro, uno piensa que asiste a los límites intrínsecos de un naturalismo exageradamente asumido.

A pesar de estas objeciones debo señalar que estamos ante un espectáculo de calidad. Que hay una brillantez general muy estimable. Y que una de las cosas más interesantes del texto —la relación cambiante y agresiva entre parejas— está estupidamente potenciada y evidencia un profundo análisis de la obra.

Con la interpretación ocurrió algo curioso el día del estreno. Una compañía excelente, una de las compañías más sólidas que últimamente se ha reunido en un escenario español, se dejó dominar por unos nervios inexplicables. La anécdota no tiene importancia y las aguas habrán vuelto a su cauce en sugestivas representaciones. Creo que uno de los mayores atractivos de esta función reside precisamente en presenciar la apasionada entrega de gente como Julieta Serrano, Joaquín Hinojosa, Eusebio Poncela, Berta Riaza, Paco Guijar, Manuel Aleixandre, Alfredo Lucchetti y todos los demás. A destacar la agradabilísima sorpresa de la interpretación soberbia de Jeaninne Mestre.

Una obra, pues, compleja, ardorosa y de difícil montaje. Una experiencia teatral válida para el Centro Democrático que —así debe ser— proporciona elementos para la discusión.

Fotogramas, n.º 1622
5-XII-79

El niño como agente subversivo

Jaume Melendres

De las dos novedades teatrales de la semana, una —«La noche de Molly Bloom»— ha pasado total y lamentablemente desapercibida. La segunda —«Victor o els nens al poder»— corre este mismo injusto riesgo si el público no decide vencer su pereza para visitar el TNC de San Andreu (1).

«La noche de Molly Bloom» proviene de las páginas finales de aquel «Ulysses» de James Joyce,

que tuvo y tiene la enorme virtud de haber influido incluso sobre quienes jamás leyeron la novela o desconocen su existencia. Joyce fue también autor teatral (existe versión castellana de sus «Exiliados»), pero en este terreno su influjo fue menor; menor tal vez su interés.

Así debe habérselo parecido a José Sanchis, rastreador para el teatro de textos no teatrales, que acaba de intentar la aventura de

convertir el «monólogo interior» de Molly Bloom en un monólogo escénico y de dirigirlo él mismo para su grupo, «El teatro frontezizo».

El trabajo de Sanchis en ambos campos es excelente, y excelente es también la labor de la actriz Magüi Mira. Una nueva actriz que, falta de ocasiones o contratos, se refugia en la actuación en solitario y que da un gran salto, si no hacia la fama, si ha-

cia la perfección. Sentada o recostada sobre su cama, Magüi Mira nos ata a ella y bajo la aparente inconexión de su discurso —tan próximo a la escritura automática, donde la forma se funde más que nunca con el fondo— nos dibuja la suave, soñolienta tragedia de una mujer llamada Flor (Bloom) y marchitada por el sopor vital. Y precisamente porque se trata de un discurso interior, sin interlocutores, Mira rehúye todo lo que a éstos

podiera impresionar. No se buscan efectos especiales cuando uno se habla a sí mismo. Imágenes brutalmente eróticas se mezclan con las imágenes más brutalmente banales o domésticas y, de este modo, Magüi Mira consigue que la vida se yerga ante nosotros como un tejido compacto y, precisamente por ello, transparente. Su trabajo, en suma, es mucho más que un ejercicio: es un resultado brillante que merece amplias audiencias.

Las merece también el «Victor o els nens al poder», después que se hayan introducido algunos retoques a la puesta en escena que fue presentada hace unos meses en el Romea. Se ve en seguida que Santiago Sans ama apasionadamente este texto, considerado como cimero dentro del escaso teatro que produjo el surrealismo, y ahí está con toda su carga revulsiva este niño grande al que Vitrac, deformando su

propio nombre (Vitrac-Vitroc-Victor) confió la tarea de impugnar los hábitos familiares y teatrales de los años veinte.

Los dos primeros actos son sencillamente impecables. El tercero se resiente del cambio de registro impuesto por el propio texto. Sans llena de ideas el escenario, pero no consigue que cuajen en algo unitario, no encuentra el tono justo para resolver el tremendo problema planteado por Vitrac: destruir las convenciones sin destruir al mismo tiempo el interés, la tensión del público. La interpretación, hasta ese momento de altísimo nivel, pierde algunos enteros al perderse un poco la carta de navegar.

Quiero destacar, finalmente, el magnífico dispositivo escénico creado por Cesc Candini y Ramon Martí. Creo que el TNC ha demostrado que la economía



y la belleza no son siempre incompatibles, sobre todo si alguien se esfuerza por encontrar soluciones. Bravo por el TNC.

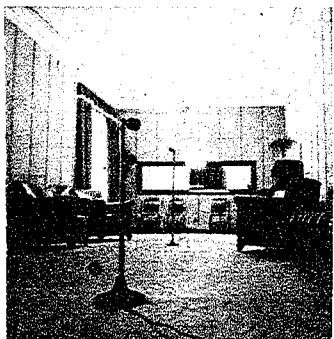
(1) «La noche de Molly Bloom», de Joyce. Teatro Fronterizo. Dirección y dramaturgia de José Sanchís. Interpretación. Magüi Mira y M. Dueso. Plástica, R. Ivars. Estreno: Instituto Británico, 16-XI-79.

«Victor o el nens al poder», de Roger Vitrac. Col·lectiu Ignasi Iglésias. Intérpretes: Francesc Luchetti, Carles Sales, Lurdes Barba, Montse Calsapeu, Judit Vinyoles, Boris Ruiz, Marta Molins, Jordi Bosch, Núria Duran. Dirección: Santiago Sans. Estreno: TNC, 14-11-79.

Francesc Luchetti

RNE al alcance de todos

Rosa M.^a Olivares



Desde estos estudios heroicos hasta los actuales, la radio tiene la voluntad de llegar a todo el país

Parece ser que RNE intenta relanzar su imagen de medio de

comunicación social. Por lo menos eso es lo que se desprende de la publicidad aparecida últimamente en los diarios madrileños.

Su slogan «RNE al alcance de todos» intenta definir una situación hegemónica respecto al resto de las emisoras, y de monopolio en cuanto a la difusión nacional de su programación. Hasta aquí todo va bien. Pero si hablamos con oyentes de distintas ciudades españolas, empezamos a ver las pegas de esta tan brillante y tan oportuna publicidad (la audiencia de radio está en un continuo «crescendo»).

Pero la realidad es que el servicio estatal de radio, a pesar de contar con más emisoras que ninguna otra cadena, con unos medios superiores a los que

pueda tener cualquiera otra empresa, y con más prerrogativas que nadie (como ejemplo baste ver la distribución de frecuencias, donde a RNE se le otorgan cuatro de ámbito nacional), no está al alcance de todos. Y en los casos en que llega, no llega en las mejores condiciones de emisión.

En primer lugar los programas grabados en estéreo solamente se reciben en estéreo en Madrid (estos programas son especialmente musicales y alguna radionovela). Al resto de España no llega, porque falta habilitar los repetidores con unos pequeños artilugios que permitan la transmisión a todas las zonas de España del estéreo. En segundo lugar, el alcance nacional de su programación es

poco más que un buen propósito. Hay muchas zonas de España donde no llega alguno de sus tres canales, o donde no llegan ninguno. Otros sitios donde unos días se oye y otros no. En Valladolid no llega el I canal nada más que de vez en cuando, y eso que es el que transmite por onda media. Otra zona olvidada por la radio del Estado es Extremadura, con una sola emisora (en Cáceres), donde los programas nacionales se reciben en peores condiciones que los emitidos por las emisoras portuguesas, incluidas las de frecuencia modulada. Esto mismo sucede, aunque en diferentes medidas, en Andalucía y Canarias con las emisoras de Africa. Y así hasta que nos cansemos.

Paseo por la pasión emponzoñada

Jorge Berlanga

En una librería, una mañana de spleen ciudadano, un libro, oculto en certero lugar entre un maremágnum de distintos volúmenes, se apodera instantáneamente de mi atención distraída. Lo cojo sin saber por qué ¿Qué es esto?: La pasión del

Barón de Hakeldama según San Hakeldama. ¿Es que todavía hay santos que son capaces de escribir en vez de dedicarse exclusivamente a la embriaguez y a los padecimientos de la locura? Lo ojeo: «Desde los griegos sabemos que la existencia puede medirse

con lo imposible, porque en lo más oscuro del intelecto humano duerme una ilimitada libertad que todo puede iluminarlo hasta dejar ciego», «La verdadera soledad no se interrumpe jamás, y subproductos tales como la melancolía, no son inherentes a ella,

aunque, a menudo, la acompañen»; «El mono, efectivamente, se había suicidado, pero no había matado al viejo zapatero... Me lo llevo. Lo leo. ¿Quién es el barón de Hakeldama? Un aristócrata con latifundios neurónicos cultivados de razón